

De recuerdos y vivencias

Rosa Díaz
Gallo de Vidrio

Yo arribé al Grupo Gallo de Vidrio en el otoño del 79 con motivo del homenaje al poeta Antonio Machado en el cuarenta aniversario de su muerte. Fue en la Plaza de Santa Marta. Llegué con unos cuantos versos en la mano y mucho miedo en el corazón. Miedo y vergüenza, todo sea dicho, puesto que al ir por el pasillo que conducía a la tarima, sentía pavor entre el amor propio y el hacer el ridículo. Pero avancé en buena hora. Esto me hizo un bien que quizás no he agradecido bastante, ya que este vencimiento mío y este apostar por compartir mi palabra escrita, me iba a cambiar la vida no sé si para bien o para mal. Pero desde luego, tengo que decir que a partir de aquel acto vi en mi poesía la forma más idónea para hacer catarsis, conocerme y en mí intentar reconocer a la humanidad.



Hacia 1979-1980. Rosa Díaz lee poemas en Montilla (Córdoba), Casa del Inca Garcilaso, entre Emilio Durán y Miguel Ángel Villar.

A partir de ahí, Emilio Durán, como componente de Gallo de Vidrio sirve de portavoz, se pone en contacto conmigo y me invita al programa de radio que semanalmente tenían, y donde solían llevar a una persona relevante de las distintas facetas de la cultura sevillana. Recuerdo que ese día entrevistaron al fotógrafo Julio Mariscal, que además de fotógrafo resultó ser un viajero infatigable. Siguieron sus invitaciones y poco más tarde me propusieron que perteneciera al grupo. Acepté encantada y no fue por la lírica que desarrollaban en aquel momento, sino por la propia necesidad que tenía de aquel dinamismo anárquico que me hizo entrar en una vorágine desconocida. Eso me ayudó anímicamente precisamente porque mis estados anímicos, físicos y espirituales, eran similares a los suyos. Tan similares que un día hablando de endecasílabos y de fármacos, Ramón Reig, con fina ironía y mucho sentido del humor, propuso formar el club del Tepazepan. Bromas a parte, lo que yo había admirado de ellos era la postura combativa y reivindicativa que habían iniciado en 1972 en los últimos coletazos del Régimen Franquista y ese compromiso eran capaces de asumirlo muy pocos en vida del general. Algo sabía de eso. Y justo será decir que también admiraba por lo mismo al pintor Paco Cuadrado que compartió cárcel en 1971 con el político Alejandro Rojas Marcos y, al también político, Eladio García Castro, que era de mi pandilla, estudiaba Aparejadores y vivía con un pie en el Polígono y el otro en Francia, y el cuerpo la mayoría de las veces en la comisaría de la calle Peral, donde según radio España independiente tanta gente de izquierda pasaban las moradas.

Mientras, Felipe Gonzales estaba aún en su cuartel de invierno. Alfonso Guerra leía a Machado lo suficiente, para ocultarle después las *gotas de sangre jacobina* que llevaba el poeta en sus venas, de las que dejó constancia en el poema Retrato. ¿Quizás porque esa pequeña salvedad lo alejaba un ápice de la Ilustración y lo aproximaba otro ápice a la primera organización nacionalista de 1931...?

Santiago Carrillo no se había comprado aún la peluca para andar por España. Y yo, con diecisiete años y desde mi puesto de trabajo como auxiliar administrativo, lucía un abrigo de corte Mao Tse-Tung, color morado y empecé a reivindicar el salario, el horario y la igualdad de derechos. ¡Qué difícil! Luego, pasado el tiempo, algunos compañeros del grupo decían que yo era la derecha de Gallo de Vidrio: total, ¡por un bolso de Valentino que tenía una y un toque de perfume francés! Qué hubieran dicho en aquel entonces, del “posado de las ministras de Zapatero” para la revista Vogue, y del excesos de vestuario de la señora Fernández de la Vega durante su mandato...

Pero yo ya venía curtida por la literatura oral que mi abuela me inculcó a media voz. Y sabía de los masones y de los rojos porque mi abuelo era masón, y se salvó del fusilamiento tomando la precaución de morir antes de tuberculosis. Así ya estaba enterrado en el cementerio civil de Sevilla, cuando fue a buscarlo a su piso de la calle Rodos un piquete franquista. Yo sabía de mujeres trabajadoras que tuvieron que luchar para subsistir. Yo misma tuve que dejar los estudios y comenzar a trabajar a los dieciséis años. Y aunque me casé tempranamente y pasé a ser ama de casa, tuve a mi hija en la primavera del 68 como una rebelión, como un “mayo francés” de “Nenuco” y tiempo de lactancia.

Así vimos El pan encadenado, de Amalio, y la sonrisa de La campesina, de Cuadrado, riéndose de la muerte de Franco. Y así habíamos pedido por separado, Gallo de Vidrio y yo, la Autonomía Andaluza aquel 4 de diciembre de 1977, acto multitudinariamente popular, que se nos habría de convertir en el fracaso del “café para todos”. Dicho esto, queda expuesta la reciprocidad ideológica que nos unía a grosso modo, aunque con muchos matices e individualismos. Individualismo donde Amalio García del Moral que, en aquel entonces y aún dentro de la Enciclopedia de Andalucía, se definía como pintor Andalucista, siendo en aquellas fechas esa palabra, una palabra comprometida con un determinado partido político: el que contaba en sus filas con la “Junta Liberalista de Blas Infante”.

Mi gratitud ahora hacia aquellos compañeros de Gallo de Vidrio, radica en que me impulsaron a publicar y a tener conciencia de mi capacidad como poeta. Eso fue importante para mí. Yo confieso, y me avergüenzo de ello, que no recogí un premio de poesía que me había concedido la Escuela de Magisterio de Sevilla, por dejación y por falta de confianza. Pero mi primer libro: La célula infinita, se publicó en la colección Algo nuestro en febrero de 1980, y eso fue positivo porque la poda que yo le haría ahora mismo a algunos de sus textos, empecé a verla en la orfandad en la que quedó la palabra impresa libre ya de mí: y eso también fue bueno para empezar a aprender. Tanto el prólogo como la presentación corrieron a cargo de Emilio Durán y el acto se llevó a cabo en la desaparecida Librería Andalucía, en la calle Imagen. Conformaban la mesa además de Emilio, Ramón Reig y Miguel Ángel Villar. Allí conocí al fallecido poeta José Luís Núñez y a sus inseparables amigos y también poetas, Joaquín Márquez y Alejandro Fernández Cotta. En aquel entonces la poesía se respetaba más que ahora y hasta le daba un halo de prestigio a la prensa, quizás por eso, siempre se acercaba algún

periodista para hacer una reseña de lo inefable. Algo que quedaba patente en los diarios locales y cuya cortesía no le faltó a una primera entrega de autora tan neófita como lo era yo.

Luego vinieron las Tertulias de la calle Redes, la reivindicación de la casa de Bécquer, el itinerario de Luis Cernuda, donde se involucró a Julio Manuel de la Rosa, el homenaje al rey poeta Almotamid, donde se habló de las jarchas, de la poesía andalusí, de las distintas composiciones y de la instrumentalización musical de aquella edad media tan impregnada de renacimiento, de la vuelta a Grecia y al hedonismo. Mi cometido ahí fue recordar la Sevilla Abadí, y dado mi compromiso con la ropa étnica, me puse unos zaragüelles y unas botas a propósito. Tendré que hacer mención a la otra infraestructura de dicho homenaje, donde no faltó el sentido lúdico y hospitalario del árabe, y se sirvió el consabido té moruno gracias a la colaboración de Cari García y Juan Ortega. Tampoco quiero dejar de hacer alusión a la visita que hicimos a Montilla para dar un recital en La casa del Inca Garcilaso, donde pasamos hambre y hasta sed de justicia por la carestía que tuvo la organización que, además, nos entretuvo lo suficiente como para encontrar cerrados todos los bares de la zona y de los alrededores. Creerían que los poetas éramos espíritus puros, cuando algunos íbamos decantándonos en la “Otra sentimentalidad” o en la “Poesía de la experiencia”. A la mañana siguiente, Ramón Reig, más madrugador o con más apetito que los demás, ya había detectado dónde quedaban los molletes y la manteca colorá. Otro acto que no puedo dejar de referir es el del Pub Soneto, donde la encargada de organizar nuestra ubicación tuvo un detalle de lo más desafortunado. En el frontal de la mesa llevó tantas sillas como hombres y, para las dos únicas mujeres de Gallo, Maite Chicón y yo, nos indicó que nos sentáramos cada una en un lado de la tarima como adornos florales. Esto es verídico como eran los chistes de Paco Gandía. ¡Para eso había hecho Maite psicología y yo usé un abrigo morado por las mujeres maltratadas! Ni que decir tiene que nos negamos rotundamente a dar un recital a “la morisca”, y este entuerto se salvó apretándonos unos a otros de manera fraternal.

De la misma manera no obviaré, por insólito, el acto al que fuimos invitados a Morón de la Frontera, el cual no se pudo llevar a cabo por falta de público ya que no asistió ni una sola persona. Curioso fue también nuestra asistencia a la Feria del Libro de la localidad de Camas, donde actuamos únicamente para una persona y un perro. Hecho que refiero jocosamente cuando tengo falta de audiencia. Y para igualar la

balanza haré constar, cómo no, todos los recintos que se llenaban de un público expectante que nos aplaudía enfervorizado, porque entonces la poesía lindaba más que con la cultura, con la democracia y con la libertad.

De las reuniones de la calle Redes, ático que auspiciaba Ramón Reig y su familia, nos dispusimos a hacer una tertulia monográfica y mensual que pudiera tener más aforo y más repercusión en la calle, y donde no fuera un peligro de derrumbe reunir un cierto número elevado de personas. Fue cuando Juan Ortega, el poeta consorte como él se hacía llamar, nos puso en contacto con Luis Andújar, propietario de la Librería el desván, y gracias a la hospitalidad con la que nos abrió su casa, al trabajo que tenía que llevar a cabo antes y después de cada acto para acomodar debidamente a los contertulios, y al avituallamiento de frutos secos y manzanilla de Sanlúcar que nos servía él mismo como generoso ágape de fraternidad, se llevó a cabo uno de los periodos más brillantes, gratificantes y conciliadores que Gallo de Vidrio tiene en su haber, por el hecho de aunar prácticamente a toda la poesía que se hacía en Sevilla en aquellos momentos, sin ningún sectarismo y sin vetar tendencias ni personas.

Se abrió la tertulia con Juan Sierra. Y Juan Sierra tenía una hermosa mirada abierta hacia la nada. Recuerdo su voz dictándome Trafalgar, Puebla de Farnals o Carmen Saavedra, en su chalecito del Barrio León. El coloquio de aquella intervención acabó en tauromaquia, como la dedicada al escritor José M^a Requena, terminó con la vuelta ciclista a España y con un magnífico anecdotario hecho con su vida y con mucha *gracia pensativa*. Luego vino un larguísimo etcétera. Jacobo Cortines nos llegó abrigado con una bufanda amarilla y tras los pasos de Laureta de Noves. Ortiz de Lanzagorta citó a Cirlot y a ese apóstol culto que fue Pablo de Tarso. María Sanz vistió de azul y *cenáculo vinciano*. Joaquín Márquez andaba *todo mortal* y sacaba de quicio a Carlos el del Rinconcillo. José Antonio Moreno Jurado ya había traducido a Elytis y junto a Rafael Gómez Rivera y Manuel Jurado López, estaban desarrollando las publicaciones de Dendrónoma. Pilar Marcos salía y entraba de *la casa suspendida*. Onofre Rojano cantaba *a nadie* y, Juan Jiménez, cantando como Patxi Andión, iba de *naufragio en naufragio* y a punto de engendrar a *Yamamoto*. Fernando Ortiz era el mejor poeta sordo de la calle Amparo. Andrés Mirón cogía *mariposas de Palas Atenea* para entretener a sus niñas. A Ramírez Lozano, coleccionando insectos, le dieron el Juan Ramón Jiménez gracias a Luis Rosales, y a Eslava Galán el Planeta por buscar el *unicornio*. Y si Aquilino Duque nos deslumbró con el espejo de un café vienés, Rafael de Cózar nos

deslumbraba con niñas de mentiras que hablaban en inglés. Mena Cantero, era el más joven de Ángaro mientras Reyes Fuentes tomaba las aguas del *pozo de Jacob*. Julio de la Rosa se enrolló con *Antoñita cinco dedos*. Enrique Soria colaboraba en Barro, y Antonio Luis Baena tiraba su *corazón por la ventana* de un soneto, cuando Fernández Cotta abría un *diccionario para ciertos resplandores*. Antonia María Carrascal recogía el premio Ricardo Molina. Valle Rubio escogió *residencia de olvido*, Rodríguez Izquierdo *recinto en la palabra* y Vicente Tortajada *sílaba moral*. Carmelo Guillén miraba ensimismado a Fontiveros, Juan Sebastián al *hombre y otras piedras* y, Salvago, subiendo a la colina de un loco inyectaba insulina en lo cotidiano. Total: poesía.

Apuntar que la primera subvención que obtuvo Gallo, en el tiempo de mi pertenencia en él, se la concedió el primer Ayuntamiento democrático de Sevilla del Alcalde Luis Uruñuela, concretamente el por entonces delegado de cultura José Luis Ortiz Nuevo, alma de la Bienal de Flamenco de Sevilla que, poquito a poquito, se la están llevando a Málaga y a Granada. ¿Será porque nos machacaron con nuestra capitalidad lo suficiente hasta relajarnos y hacernos más chicos y menos ladradores? Bueno, la cosa fue que en aquella época, Gallo de Vidrio recibió 100.000 de las antiguas pesetas que, en este desafortunado tiempo de recortes, nos sigue pareciendo una cantidad respetable.

Luego el grupo se disolvió habiendo cumplido una etapa concreta muy activa y reivindicativa. Emilio Durán y yo decidimos seguir con la tertulia, no estoy segura pero creo que ambos estuvimos juntos más de un año. Cuando Emilio se retira continuó organizándola con la colaboración del poeta Juan Sebastián. Fue un curso afortunado donde tuvimos una subvención para que pudieran venir algunos poetas de fuera. El primero fue Juan Delgado López. Recuerdo también en esa época la figura de Hugo Emilio Pedemonte y de Eladía Morillo Velarde. Al poco tiempo también yo le puse a la tertulia punto y final para dedicarme por completo a mi obra.

En lo que a mí respecta guardo no solamente un recuerdo amable, sino un cariño para todos mis compañeros. No quiero dejar de citar a Amalio García del Moral con el que me unía una amistad entrañable que fue más allá de Gallo de Vidrio y que ahora mantengo con su hija M^a José.

Decir que a José Matías Gil lo tengo como autoridad moral de Gallo, a Miguel Ángel Villar como cuidador del mismo y a Ramón Reig como mediador neuronal para llevar a cabo los sueños y hacerlos proyectos realizables. Mirando atrás me acuerdo de Jesús

Troncoso y me conmueve esa *aldaba de minutos*, del eterno muchacho que será para siempre Juan Manuel Vilches, poeta que el destino no le dio tiempo para crecer. Pero mirando hacia el futuro quiero congratularme con todos los nombres que se han sumado y conforman su panorama actual, porque lo dotan de credibilidad y lo han engrandecido con sus respectivos currículos. Entre ellos destacaría, por conocer parte de su obra en torno al flamenco y a la poesía sevillana, al profesor José Cenizo. Me es imprescindible declarar mi amistad y mi cariño hacia Elena Barroso, que dentro de su rigurosa sapiencia como catedrática, me ha hecho el honor de convertirse además de en una estudiosa de mi obra, en una verdadera amiga y confidente. Dejar a Emilio Durán para el último es simplemente porque con él no he perdido nunca el contacto, nos seguimos llamando y quedamos para hablar de lo divino y lo humano.

Ha sido un placer para mí participar en el cuarenta aniversario de un grupo tan complejo y abarcador, con vocación y capacidad intelectual para abrirse a todos los registros del arte.

22 de diciembre de 2012